

Palabras del Excmo. Señor D. Sabino Fernández Campo

Constituye para mí un doloroso honor intervenir en este acto, cuando recordamos la figura de un compañero ilustre y ejemplar, digno de nuestra sincera admiración y entrañable afecto, que recientemente nos ha abandonado por decisión suprema del Creador.

El único mérito de mi participación es que no voy a ser yo quien hable, sino conseguir nada menos que sea el propio Francisco Murillo Ferrol el que nos transmita un mensaje que yo recibí de él cuando ambos cumplíamos los mismos años.

El texto literal era el siguiente:

EL CASO DE LOS CUATRO OCTOGENARIOS

Tenía que ser en una Academia. Es conocida la propiedad conservadora de las Academias. Las edades más altas, como promedio, fructifican en ellas. Aquí no entramos, naturalmente, en la calidad de lo conservado.

Los cuatro estaban allí. Iban a cumplir, en distintos meses, ochenta y cuatro en el año que acababa de empezar. Los cuatro eran de la misma quinta, remotísima. Por los cuatro habían pasado, pisoteándolos aunque de distinta mane-

ra, las vicisitudes y los tragos con que la historia había regalado a su país. Varios golpes de Estado o conatos; un cambio a república; una guerra civil larga; más dictadura de postguerra larguísima y luego una constitución cuasi liberal con un largo gobierno socialista.

Todo acompañado de tremendos cambios sociales, económicos y técnicos, más duros de encajar a medida que se acentuaba la longeva estructura leñosa de cada uno.

Hasta encontrarse en la Academia no se habían relacionado entre sí; tuvieron carreras y vidas diferentes. A veces, por su relativa relevancia, había oído hablar el uno del otro.

Con relativa buena salud, eran conscientes de la cortedad de su futuro, aun con ese espejismo en que todo hombre está de que su momento se alarga siempre indefinidamente. ¿Centenario? Otros llegan, ¿por qué no yo?

La situación suponía un reajo implícito. ¿Quién primero? ¿Quién el último? Reajo inconfesable para cada uno e impensable para todo el grupo.

Un abrazo
Murillo.

Yo le contesté con una carta que también reproduzco ahora como sencillo homenaje a un amigo que nos ha ganado en la carrera hacia el final ineludible al que nos conduce esa enfermedad terminal que es la vida.

«Mi querido amigo y compañero:

Tus comentarios sobre los cuatro de 84 me han gustado mucho. La verdad es que creo que ninguno de los que ostentamos esa edad en la Academia tenemos interés en llegar antes que los otros. Que sea cuando Dios quiera, pero lo que no deja lugar a dudas es que ya no pueden preocuparnos las cosas que tengan lugar a largo plazo.

Hemos sido una generación que ha pasado por muchas pruebas y vicisitudes y creo que el secreto está en no renunciar a nada. Por ejemplo, tengo el orgullo de haber sido, como tú, Alférez Provisional de Infantería.

Creo que los de la misma quinta en la Academia somos Don Marcelo,

Rafael Termes y nosotros dos. Pero eso de «la misma quinta» con el nuevo sistema del servicio militar profesional, ha pasado a la historia. Al fin y al cabo, nuestra historia.

A veces y cumplida ya la fecha normal de caducidad, me apetece decir, plagiando un poco a mi paisano Campoamor:

Tengo un cansancio mortal
En medio de mi vejez
Y no estaría nada mal
Morirse ya de una vez.

Pero no. Hay que seguir resistiendo.

Gracias por tus reflexiones y un fuerte abrazo.
Que Dios te guarde muchos años».

Creo que no es necesario añadir nada más a lo que hace tres años nos intercambiamos Paco y yo. Tan sólo remataría mis palabras de hoy recordando uno de los «pájaros perdidos» del poeta indio Rabindranaz Tagore que de forma natural y consoladora dice así:

«La muerte es de la vida como el nacer. Andar es tanto levantar el pie como volverlo a posar en la tierra».

